

IMPRIMIR

L'INTERMEZZO

HEINRICH HEINE

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PRÓLOGO.

Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine, considerado como poeta lírico. Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos, pero la delicadeza incomparable de sus canciones o *Lieder* se me escapaba. A otros habrá acontecido lo mismo, aunque no tengan tanta franqueza como yo para declararlo. Pero el gusto se educa, y no soy yo de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso, o no van bien con nuestra índole y propensiones. Así es que nuevas lecturas de Enrique Heine no sólo me han reconciliado con sus versos, sino que me han convertido en el más ferviente de sus admiradores y el más deseoso de propagar su conocimiento en España. Por lo cual, y aprovechando la ocasión que me presenta mi excelente amigo el Sr. Herrero, al dar a luz, por primera vez en rima castellana, todas las obras poéticas del insigne vate alemán, voy a ponerme bien con mi conciencia y a desagraciar a Heine de antiguas ligerezas mías, que afortunadamente no están escritas en ninguna parte, pero que no dejan de pesarme como si lo estuvieran.

La obra poética de Heine es muy copiosa y variada, aunque las composiciones sean generalmente breves. De aquí nace la dificultad de encerrarlas todas bajo una fórmula y un juicio, y de aprisionar en las redes de la crítica a este Proteo multiforme. Apenas hay afecto del alma moderna que no tenga su eco vibrante en alguna estrofa de Heine; pero son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas e impalpables las alas de su numen, que, apenas han rozado la superficie de nuestro espíritu, se alejan, dejándonos sólo cierta especie de polvillo sutil, que es cosa imposible reducir al análisis. Por eso yo no entendía al principio a Heine, y ahora que no me empeño en descomponerlo y le torno como es, creo entenderle. Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música. Admiré siempre en Heine la perfección insuperable de la frase poética, lo bruñido y sobrio de la expresión, pero casi siempre me parecían sus cantos

vacíos de con y tenido y realidad. Y, aun pasando más adelante, me parecían hasta insípidos y vagamente sentimentales, recreándome a lo sumo los rasgos irónicos, que forman, por decirlo así, el elemento másculo de esta poesía.

Conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal o cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quién sea: lo único que importa es que pertenezca a la categoría de los ingenios próceres y eminentes. Muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu. No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de sentimiento y recónditas armonías, no concedidas a la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no penetra por los ojos, pero empapa con tenue rocío el alma. Todo se encuentra en esos versos, pero volatilizado y aeriforme. Cada lector va poniendo a esa música la letra que su estado de ánimo le sugiere. Enrique Heine no hace más que apuntarla, y pasa a tocar con su varita mágica otra cuerda del alma. Pero en esa poesía de filamentos tan tenues ha tramado el maligno encantador una red de ensueños, y de dolores, de cuyas mallas, que a primera vista parece que un niño rompería, no hay corazón humano que se escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia., ¡Hechizo singular, maravilloso poder el de esas gotas de licor refinadísimo, encerradas en un cristal tan transparente! Quien con mano distraída abre el libro y empieza a hojear esas composiciones tan sin asunto (según el modo vulgar de entender el asunto), siente a poco rato levantarse voces interiores que responden a la voz del poeta, y moverse en su memoria tempestad de hojas secas, y dar lumbre todavía el mal apagado rescoldo. *Agnosco veteris vestigia flammæ*. Ahí está el fundamento de la inmortalidad de Enrique Heine. Sus audacias de polemista, sus arranques, humorísticos, pasarán en gran parte con las circunstancias que los engendraron; ¿qué digo? están pasando ya, y quizá queden algún día reservados para regalo de los eruditos. La humanidad que olvida todo lo que destruye y no edifica; la humanidad que lee poco a Luciano y que cada día va le-

yendo menos a Voltaire, quizá olvidará los elocuentes y deslumbradores *pamphlets* de Heine, y la iniquidad con que derramó sobre propios y extraños el lauro o la ignominia, destrozando un día lo que el anterior había ensalzado. Esas página vindicativas y sangrientas; esos gritos coléricos de Heine en lo que él llamaba *el combate por la humanidad*, todo ese tumulto de polvo y de guerra que parece rumor de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados a pisotear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia todo esto, digo, tuvo su hora, y pasó: todo esto tuvo su fuerza corrosiva, y ya se va gastando y amortiguando.

Yo no sé si nuestros nietos leerán todavía la *Alemania*: de fijo no la leerán los jóvenes ni las mujeres, pero sé que el pino del Norte soñará eternamente con la palmera oriental; y que cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que hilaban su venganza los tejedores de Silesia, proseguirá brillando aquella trémula estrella de amores que descendió del cielo a la tierra, como leemos en el *Intermezzo*. ¡Dichosa inmortalidad la del poeta, por quien reverdecerá en el corazón de las generaciones futuras, coronándose en cada nueva primavera de flores y de fruto nuevo, el árbol de la esperanza y de los recuerdos!

Y grande debe de ser, sin duda, el oculto prestigio de esos versos, capaces todavía de conmover en lengua extraña, con rimas nuevas, y hasta destituidos a veces del halago métrico. Parece como que la esencia de estos *Lieder*, por lo mismo que es tan espiritual y recóndita y que no está pegada a los ápices de la dicción, ni envuelta en el tornear de la frase, sobrenada siempre como el aceite sobre el agua, y hasta en la prosa francesa de Gerardo de Nerval se siente y percibe. Que es condición de la belleza eminente no ser de la que los filólogos guardan para fruición suya, ni de la que te pierde por adjetivo de más o de menos, sino de la que resiste a todas las manos que la trabajan y reproducen, y por ser su raíz universal y humana, es también comunicable y difusa en alto grado, y es a un mismo tiempo la más traducible y la más intraducible de todas las creaciones del arte. No se traduce el sonido de las sílabas, pero se traduce su vibración en el alma, que es lo que im-

porta. Lo demás, fácilmente lo adivinará quienquiera que tenga sentido poético.

Enrique Heine es el último de los grandes poetas de este siglo, el más próximo a nosotros, y quizá por eso el más amado de muchos. Sólo Alfredo de Musset comparte con él el cariño de los que en la generación joven todavía se apasionan por las cosas de arte. Y hay en verdad evidentes relaciones entre los dos poetas, sobre todo por ser uno y otro poetas sinceros, si alguna vez los hubo, y tales que el tiempo, gran depurador de las cosas, deja hoy en pie su obra casi íntegra, al paso que ha marchitado no pocas languideces del lirismo lamartiniano, y tanta falsedad intrínseca y tanto oropel teatral como se albergó bajo el espléndido manto de armonías y de colores, tejido por la Musa de Víctor Hugo. ¿Qué más? hasta los piratas de lord Byron van pareciendo inofensivos, en comparación con el pirata interior, con el *demonio tenaz del pensamiento*, que el poeta llevaba consigo y que, cuando hablaba por su cuenta, le hacía ser mil veces más elocuente que todos los Laras, Caínes y Sardanápalos. En vano prosigue Víctor Hugo (el último superviviente de los poetas románticos) martillando sobre el yunque donde se forjan los alejandrinos centelleantes. El tiempo de *los rugidos de títan* ha pasado, y ya no espantan sino a los niños. El *Souvenir* de Musset vive en todas las memorias, y en cambio, ¿quién recuerda hoy una sola estrofa de las *Orientales*?

Por el contrario, nada más fresco a la hora presente que *El Regreso*, *La Nueva Primavera*, *El Mar del Norte* y *El Romancero*, de Heine. Nunca la mezcla de espontaneidad y de reflexión ha llegado en el arte moderno a más alto punto. Nunca se ha alcanzado más profundo efecto con medios más sencillos, con historias casi triviales de amor. Nunca ha florecido una poesía más intensamente lírica, y más desligada de las condiciones de raza y de tiempo; más propia, en suma, para servir de expresión palpitante a sentimientos de todos los pueblos y de todas las latitudes. Nunca ideas y afectos más flotantes, más ondulados, más difíciles de aprisionar en la tela de oro y seda que teje la palabra rítmica, han venido tan dóciles al conjuro, del poeta. Nunca manos escépticas han tocado con tanto amor las luminosas quimeras de la vida.

Todo, hasta el más fugitivo movimiento del ánimo, se cuaja aquí en forma traslúcida. La naturaleza no está directamente y como objeto sino, reflejada en el alma del poeta. Los aromas del Oriente perfuman sus cantos: el ruiseñor de Hafiz vuelve a sonar en sus verjeles: ruedan solemnes las aguas del Ganges sagrado, donde la simbólica flor del loto aguarda el beso de la luna: cruzan entre las nieblas del Norte los dioses de la Grecia desterrados; y la austera sombra de nuestro Jehudá-Leví de Toledo se levanta como llameante columna que guiaba a la caravana de Israel por su nuevo destierro. La misma extraña mezcla de sangre y de educación que había en Enrique Reine contribuye a dar peregrinó sabor a estas poesías. Hebreo por raza, alemán por nacimiento, francés por larga residencia y por algunas partes (no las mejores) de su genio, buscó en el Mediodía calor, luz y libertad para su poesía mediterránea y germánica. De todo ello resultó un fruto acre y picante, y a la vez sabroso y tierno, que quizá nunca volverá a darse en el mundo, porque las condiciones en que se dio no son de las que se procuran artificialmente. Y no es una de las menores glorias de Enrique Heine el ahuyentar eternamente la turba gárrula de los imitadores. Heine sin la ironía no es más que medio Heine; y la ironía heiniana, lo mismo que la ironía socrática, ni se imita, ni se parodia. Fue (como ha dicho ingeniosamente uno de los críticos de su nación, que no acaban de perdonarle de buen grado sus ofensas a ella) un *ruiseñor alemán, que hizo nido en la peluca de Voltaire*.

A tan soberano autor nos presenta traducido en verso castellano el joven y distinguido poeta valenciano D. José J. Herrero. A quien con empresa de tal magnitud se estrena en la república de las letras, poco pueden halagarle los elogios de rigor en un prologuista y en tales ocasiones. No aspira ciertamente el Sr. Herrero al lauro de la perfección en intento tan difícil y en tan copioso número de versos. Pudo conseguirla Florentino Sanz en una docena de canciones escogidas y cuídalas con particular esmero pero en una obra larga nadie escapa de inevitables desigualdades. Así y todo, compárese esta versión del *Intermezzo*, con las cinco o seis que hasta ahora tenemos en castellano, y, a mi entender, se la encontrará más poética y más fiel que las restantes. La tra-

ducción de las colecciones posteriores, todavía me agrada más, porque la mano del traductor corría más suelta y ejercitada, y había llegado el Sr. Herrero a identificarse más con el espíritu del original que traducía. Pueden notarse, en verdad, algunos versos flojos o faltos de cadencia y número, tal o cual, expresión prosaica y alguna no muy propia; defectos fácilmente perdonables cuando el conjunto agrada y da una idea bastante exacta de las bellezas de los *Lieder*. Por mi parte, sólo aconsejaré al Sr. Herrero que procure acercarse todo lo más posible a la frase alemana, en los casos en que esta difiere del texto en prosa que el mismo Heine autorizó en París, modificándole con frecuencia él o su traductor por escrúpulos y consideraciones nimias al meticuloso gusto francés, que no deben hacernos fuerza en España.

Aunque sus propios versos originales no lo acreditaran, bastaría esta versión para dar al Sr. Herrero crédito y nombre de poeta. Su educación literaria, sana y severa, basada principalmente en el estudio de los modelos de las literaturas inglesa y alemana, nos hace esperar de él que ha de trasladar con feliz éxito a nuestra literatura, bien necesitada hoy de savia vigorosa, elementos nuevos y dignos de vivir y florecer bajo todos los climas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Junio de 1883.

NOTICIA

ACERCA DE ENRIQUE HEINE.

I

Después de Goethe, que resume todos los trabajos de la literatura de su patria, y de Hegel, que compendia todos los esfuerzos y las inquisiciones de los metafísicos durante más de medio siglo, esperaba a la historia del pensamiento en Alemania una transición brusca, una crisis suprema, un momento de terrible vacilación y de intranquilidad profunda.

La serenidad del genio de Goethe y la tranquilidad de Hegel encubrían cuando menos los pensamientos de lucha del genio nacional. Pero muertos los maestros, corriéronse los velos, huyeron las ilusiones, y fue preciso comprender, aunque tarde, que de aquella generación, nutrida por ellos, por ellos educada, brotaba una Alemania nueva, henchida de aspiraciones no definidas, y llena la mente de quimeras y de inciertos ideales.

Una sola cosa aparecía clara entre él vago despertar de sus aspiraciones; un deseo aparecía formulado: dejar el campo de la abstracción y penetrar con pie firme en el estadio fecundo siempre de la realidad.

Un escritor existe que resume fielmente la agitación de aquella época: Enrique Heine.

Nació el gran poeta en Düsseldorf, a orillas del Rhin, de una familia considerada con justicia en su patria, y en la cual contaba por parte de madre médicos ilustres, y negociantes acaudalados por parte de su padre.

Enrique, el mayor de cuatro hermanos, una hembra y dos varones, médico en Rusia el uno y oficial el otro al servicio de la Austria, perdió bien pronto al autor de su ser, y quedó sujeto a la autoridad de un tío

paterno, el banquero Salomón Heine, notable por su generosidad y por lo inmenso de su fortuna, que desheredó más tarde al poeta por sus aficiones poco serias y por su falta de sentido práctico.

Esto hacía exclamar al autor del *Reisebilder*.

«Tengo derecho a ser inmortal; he comprado por diez y seis millones mi asiento en el Parnaso.»

Los biógrafos todos colocan en enero de 1800 la fecha del nacimiento de Heine; es indudable sin embargo, si nos atenemos al mismo dicho del vate en una carta a Saint-René Taillandier, que nació en 12 de diciembre de 1799, Y que la inexactitud cometida por cuantos sostienen el anterior aserto fue ocasionada voluntariamente para salvar al poeta del servicio del rey de Prusia en la época de la invasión prusiana.

«Lo importante, añade poco después Heine, que yo nací, y que nací a orillas del Rhin.»

Su primera educación fue terminada en el convento de franciscanos de Düsseldorf. Contradicción rarísima que puede en parte explicar la múltiple volubilidad de su carácter. El descendiente de judíos recibe del monasterio cristiano la primera enseñanza de las cosas, y siente entre los claustros del convento la languidez inefable de sus primeros tedios de adolescente.

Frecuentó después el Liceo de la Villa; en 1819 principió en la Universidad de Bonn el estudio de la jurisprudencia; continuólo en la de Gottinga, hasta que, tres años más tarde, entregóse por completo en Berlín, y bajo la dirección de Hegel, al estudio de las ciencias filosóficas.

Entonces fue cuando le unió amistad estrecha con todo lo que en Berlín existía de más notable en las ciencias y en las artes. Eduardo Gans, Varnhagen d'Ense y su esposa Rahel, Franz Bopp, Chamisso y el mismo Grabbe, formaron parte de las relaciones del tornadizo estudiante.

Era Heine por entonces un escolar asiduo, que estudiaba con ardor y aprendía pronto, y que, al revés que Luis Boerne, mezclado también como él en aquella aristocracia del pensamiento, tomaba por contradicción extraña, con seriedad profunda, los arduos problemas de

la idea, y se engolfaba con ardor en aquellas pavorosas cuestiones de la metafísica hegeliana.

En medio de aquellos trabajos, el arte le llamaba con su voz de sirena, y le atraía hasta su lado con magia ineludible. En 1821 publicaba sus primeros versos (*Junge Leiden*), prólogo, por decirlo así, de *el Libro de los cantos*. En 1823 daba al público sus dos dramas silbados, *Almanzor* y *Ratclif*, y entre ellos su inmortal *Intermezzo*. Más tarde, por último, publicó en 1825 el primer tomo de su *Reisebilder* (Cuadros de viaje), en el cual se revela por completo jefe de una escuela nueva.

Relación de sus viajes por la Alemania, el Tyrol, la Francia, la Italia y la Inglaterra, bastaría sólo esta obra para dar la celebridad deseada al más descontentadizo de los escritores. Su éxito fue inmenso; la sorpresa de Alemania profunda: ¿cómo juzgar la audacia de aquel escritor, que si la hería con las flechas de su pensamiento atrevido, la enaltecía con los resplandores de su genio?

Un nuevo poema (*Heimkehr*) *El Regreso*, fue publicado pocos meses después de sus viajes, y poco tiempo pasado, en 1827, apareció el *Libro de los cantos* (*Buch der Lieder*), que tuvo resonancia igual y despertó controversias idénticas a las suscitadas por sus obras anteriores. *El Mar del Norte* (*Nord See*) forma parte de la segunda parte de este libro.

Atraído en 1830 a Francia por la revolución, sus correspondencias a la *Gaceta de Augsburgo* y a los *Anales Políticos*, su libro sobre la Francia, su *Lutecia*, fueron, lo mismo que la *Alemania* y que las *Memorias de M. de Schnabelewovski*, fruto de aquella campaña política en que, acusado unas veces de espía de Luis Felipe y de la Alemania, de Sansimoniano otras, pospuesto sin justicia a Luis Boerne, en el cual al menos reconocía su patria alemana grandeza de corazón, se defendía de tanto y tanto ultraje con las flechas certeras de su inagotable ironía.

Atta-Troll (fantasía de una noche de estío), extraño poema en que el protagonista es un oso, vio la luz pública en 1840 en los folletines del *Diario del Mundo Elegante*. En 1842 publicó sus *Nuevas Poesías*; y enfermo ya de muerte, clavado, como dice un escritor ilustre, a la cruz

de la parálisis por los clavos del sufrimiento, publicó su *Romancero*, sus *Melodías hebraicas* y su *Libro de Lázaro*.

En 1856, por último, murió aquel gran genio, que durante veinticinco años representó en Alemania el espíritu de la Francia, y en Francia el espíritu de Alemania, y que dotó a nuestro siglo, además de las ya citadas, de tantas otras obras, que no citamos por no alargar demasiado esta reseña.

II

Indicados, aunque a la ligera, los principales hechos de la vida del poeta, no podemos sustraernos al deseo de considerar, aunque también con brevedad, los principales caracteres que sobresalen en sus obras.

El humorismo es la nota esencial de las obras de Heine: nada existe para él sagrado, ni fe, ni amor, ni patria; todo, bajo su pluma, se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escarpelo del disector; los dioses caen ante los golpes certeros de sus flechas; la patria, convulsa y colérica, sale de sus manos flagelada; el amor, eterno encanto de su vida y castigo eterno de su existencia, aunque siempre profesado, no es siempre respetado por su pluma, más temible en sus manos que la espada en manos del *Berserke* de los cantos huecos.

Todo sin orden, sin prejuicios, sin sistema. Hierde lo que a su paso encuentra, sin cuidarse de averiguar lo que después en su lugar ha de elevarse. Múltiple en sus sentimientos, universal en sus creencias, indeciso y tenaz a un tiempo mismo en sus convicciones, jamás Proteo revistió tal número de formas, ni dios indio infiltró su esencia en mayor número de transformaciones.

Sus burlas, acerbadas siempre, siempre mortales, tienen en el fondo algo de melancolía simpática, algo de incomparable dulzura y de inefable ternura.

Si él lo aborrece todo, si de todo se mofa, si contra todo se revuelve, ¡qué tesoro, en cambio, de cariño para todo lo noble y lo justo!

¡qué inagotable amor a todo lo grande! ¡qué inacabable admiración hacia todo lo bello!

Sus dientes muerden, pero sus a os cubren de besos las mordeduras, y pronto coloca piadoso sobre la abierta llaga el dÍctamo dulce que llegará a sanarla.

Contra todo se torna airado y todo lo adora al par. Unas veces fustiga al Dios cristiano, ya riendo de la virgen catÓlica que liba confiada el amor en los labios rojos del sobrino de un rabino, o llorando en estrofas por los muertos dioses de la vieja Grecia, y despuÉs canta al Cristo redentor con inspiraci3n ardiente en las estrofas del *Mar del Norte*.

Él, que en su *Heimkehr* nos habla de «*la ironía que Dios ha colocado en su universo, y con que el gran poeta del Quijote ha llenado él suyo,*» suspiraba indignado, cuando adolescente, al ver el premio inmerecido que hallaban en la tierra el valor indomable y la romántica generosidad del héroe de Cervantes. El, que se mofa del Cristo, cuenta la impresi3n dulcÍsima que en su mente producía un Cristo crucificado que miraba, siendo niño, en el convento de Düsseldorf.

Su espÍritu, abierto a todas las impresiones, transformábalas todas en sentimiento artÍstico, dándoles, al realizar la obra poética, la nota esencial de su originalidad inagotable.

De todos sus antecesores en la literatura alemana, lególe Wieland la sensualidad amable; su sentimiento ardiente, SchÍller, y Goethe su panteísmo espiritualista. Tan sólo Klopstock fue ajeno a la formaci3n del poeta, porque su espÍritu repugnaba todo lo enojoso.

Se ha tildado a Heine de la dureza con que tantas veces trata a la Alemania, a *la vieja de allá abajo*, como él, con su humorismo aceraado, la llamaba; y esta tendencia antigermánica resulta más marcada comparado otro libro que, también sobre la Alemania, escribía una francesa en los comienzamientos de la actual centuria.

Nos referimos a *La Alemania* de Mad. Stael.

No es de extrañar la diferencia. Mad. Stael, como dice Caro, publicaba su libro despuÉs de un paseo en que tan sólo pudo ver aquello que a los alemanes les convenía, que mirase. Su viaje fue acogido por

todos con recelo. Goethe, en su correspondencia, da a entender hasta qué punto le preocupaba la entrevista con la extranjera; Schiller, hombre de corazón ardiente, temía su llegada, y hasta el mismo Schlegel, el jefe de estada mayor, por decirlo así, de aquella mujer admirable, anunciaba a sus colegas su venida como para aperebirlos a la defensa.

Poco en estas circunstancias pudo ver de la esencia de las cosas y de lo íntimo de aquella sociedad la dama francesa. Su viaje fue, como dice el escritor antes citado, semejante al de Catalina de Rusia, hallando siempre en las estepas de la Crimea la fantasmagoría riente de una prosperidad artificial. Aquel viaje de *sultana del pensamiento* era sólo a propósito para contemplar, y no siempre, la superficie de las cosas.

Además, Mad. Stael, desterrada de su patria, en su santo horror a los enciclopedistas, a los revolucionarios y a los soldados, buscaba un pueblo que oponer como modelo a aquella Francia, agitada todavía por las convulsiones de una revolución profunda. Su libro es, en este concepto, como Heine entiende, una obra semejante a la de Tácito.

Heine, por el contrario, era alemán; alemán que sentía como nadie las faltas de su país, y aborrecía desde el extranjero el oropel de sus falsas glorias; que veía sólo en las pretensiones militares de la Prusia la armadura colocada sobre el manto de Tartuffo, y qué necesitaba defender, por último, su sér individual, calumniado unas veces y mal comprendido otras.

A pesar de todo, discípulo de Hegel, no dejaba de alentar, mal de su grado, la *gran idea*. Tenía como toda la Alemania de entonces, la noción, inconsciente de un gran fin, no definido aún, y si como un *enfant terrible* decía alto los secretos de la casa, poco después se entusiasmaba y creía con toda su alma en el triunfo próximo de su raza, «Guardaos, -dice entonces,- mis queridos vecinos de la Francia; cuando ese día llegue, vuestras, horas están contadas.»

El amor, por último, es en Heine también rara mezcla, confusión extraña de sentimientos encontrados.

Sus mujeres son, como las de Goethe, seres vivientes que se pasean por sus poemas; mujeres animadas por nervios y por arterias, y no

movidas por el resorte convencional de un cariño anodino, incomprendible casi siempre.

Aquella mujer del *Intermezzo*, desengaño primero de su vida, y fuente de su inspiración primera, la hemos conocido todos. En los versos de aquel poema, collar de perlas, cuyo hilo retiró el autor después de formado, sin que la sarta se desgranara, como un crítico ilustro lo llama, hay algo de la historia de todos, y uno siente arder el rubor en las mejillas al leer en la soledad sus estrofas. El poeta ha sorprendido sus secretos, y sus sufrimientos, esculpidos con mano segura, vibran allí prisioneros en el rítmico molde de versos inmortales.

La amargura más inocente, la queja más sentida anima todo el libro; mas después, cuando el llanto se ha secado, cuando el espíritu herido se revuelve contra quien le hirió con saña tanta, la burla ocupa el lugar de los suspiros y el *humour* más amargo, el veneno más acre sirve, en vez de lágrimas, de jugo a sus canciones.

En toda mujer hay algo de demonio.

«¡Dichoso mortal -dice hablando de Lusignan- amante de Melusina, cuya adorada sólo fue serpiente a medias!»

Su sátira, fría siempre, cautiva por su sencillez en todas las ocasiones.

Dice en el *Regreso*:

«¿Cómo puedes dormir tranquila sabiendo que yo vivo aún? Mi vieja cólera reaparece, y romperé mi yugo.

»¿Conoces la vieja canción? ¿la canción de un hombre muerto, que vino a media noche a buscar a su adorada y la arrastró al fondo de la tumba?

»Créeme, hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, y vivo y yo soy aún más fuerte que todos los muertos juntos.»

Su bufonería toma a veces un carácter melancólico que la hace aún más simpática; el gladiador, cansado de luchar, se queja, y sus quejas penetran hasta el alma.

La figura de Heine, compleja, universal y múltiple, se refleja en sus obras; su mente, apasionada de las luchas de su siglo, de los combates de su época, se refugia buscando calma en los viejos recuerdos de

la patria; sus cantos tienen entonces la dulzura infantil de Novalis, la enérgica cadencia de las baladas de Brentano, y el mágico atractivo de Tieck.

Es, como dice Gautier, el Apolo, a quien, si de un lado presta su luz el sol del Mediodía, destaca por el otro su figura entre el resplandor argentado de la luna de las noches alemanas.

Entonces, en su *Romancero* y en sus *Nocturnos*, sobre todo los fantasmas de los cuentos de su patria, Loreley, la rubia encantadora de la montaña, el rey Haroldo prisionero de la Ondina en el fondo de los mares, el paladín muerto en el campo de batalla, el caudillo moro, el español aventurero, el galán romántico, todos los héroes de la pasada edad reaparecen evocados por su pluma, y cobran nueva vida y aliento nuevo, animados por su inspiración poderosa.

Todo se agita en torno suyo; penetra en la selva oscura de la Alemania, y el hacha acerada de su genio esculpe, en las encinas añosas del sombrío bosque, en vez de la estatua de Irmengard, la figura simpática de Apolo.

Entonces, contemplando su obra, las lágrimas mojan sus ojos; pero pronto, dice Nerval, su manga pintarrajada de bufón seca sus lágrimas, y los cascabeles de la locura ahogan con sus ruidosos ecos el rumor de sus sollozos.

«No creáis en mi llanto ni en mi risa, -dice Heine, - risa de hiena, lágrimas de cocodrilo.»

Pero, lo repetimos, a vueltas del amargo encono, que campea siempre en la mayoría de sus producciones, es Heine apasionado y creyente, siempre original y atrevido, y aun en medio de sus amargas diatribas contra su patria, conserva siempre hacia ella un cariño respetuoso y austero.

Seguro de su éxito, no pide de sus contemporáneos monumentos; sólo pide sobre su sepulcro una espada, «que él ha luchado como buen soldado en el combate del progreso eterno,» son sus propias palabras: ese es el único título de gloria que exige y que reclama.

La misma Alemania atendía con expectativa ansiosa a las evoluciones del pensamiento de aquel su hijo pródigo desterrado en extranjera tierra.

Cuando la enfermedad le retenía prisionero sobre su lecho, ninguno de sus compatriotas volvía de Francia sin rendir con su visita un tributo de admiración al gran poeta. «Aristófanes se muere,» decía Mr. Adolfo Starr contando su última entrevista con el gran poeta; y la Alemania entera lloraba en silencio aquella muerte de uno de sus genios.

Llegado a Francia, joven, hermoso como una escultura de Fidias, armónico y feliz consorcio de la belleza helena y de la gracia hebraica, rebosando genio en sus escritos, gracia en sus conversaciones, dinero en las relaciones prosaicas de la vida, aquel Cristo, como él se llamaba, que sólo admitía infieles o creyentes, pero jamás iguales, que tantas Magdalenas redimiera por el amor, espiraba, abandonado en su agonía lenta, en una habitación de aquel París que tanto le había admirado, y donde sus triunfos habían encontrado un teatro siempre dispuesto a aplaudir la galanura de su imitable estilo.

Entonces su última inspiración voló desde su mente al mundo.

Los recuerdos de su patria y de los pasados tiempos, su *Romance-ro*, en una palabra, fue la primera de sus tres últimas producciones.

Después, las *Melodías hebraicas*, en las cuales parece vibrar más verdadera que en ninguna de sus obras su espíritu de creyente, y en las cuales dice, hablando de Jehuda ben Halevy, el más querido para él de todos los poetas:

«Que mi lengua quede pegada ardiendo a mi paladar, y que mi mano derecha se seque, si yo alguna vez, Jerusalén, te olvido.

»Estas palabras de un salmo llegan hasta mi oído

»Espectros de mis sueños, ¿cuál de vosotros es Jehuda ben Halevy de Toledo?

»Yo lo he reconocido en su frente pálida que tan fieramente con-

duce su pensamiento, en la dulce fijeza de sus ojos (que me miran con tan inquieta atención).

»Sobre todo lo he reconocido en el misterioso sonreír de sus dulces y bellos labios, armoniosamente unidos como dos versos: los poetas solos los tienen parecidos.»

Este cantor bíblico que amaba aquella Jerusalén que sólo en sueños había visto, como el trovador Rudel a Melisandra, era simpático a los ojos de Heine, que más que nunca, y acaso por primera vez, sentía en aquellas horas de soledad eterna necesidad de creer en un Dios, en el Dios de sus mayores.

El *Libro de Lázaro*, su última producción, es un relato de sus días de fiebre y de sufrimientos, plagado de páginas bellísimas y de sentimientos delicados. A veces su burla y su sátira aparecen, pero su mofa tiene cierto carácter melancólico, que entristece y abruma el ánimo.

«¿Vos venís a verme? ¡siempre original!» decía a Berlioz, lamentándose del abandono de sus amigos; y más tarde escribía a Teófilo Gautier:

«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Dos Mundos*, en que me han representado macilento y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya bastante cal mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; yo quiero que me pintéis hermoso, como las mujeres bonitas. Vos me habéis conocido cuando era joven y floreciente; sustituid con mi antigua imagen esta efigie lamentable.»

Sus últimas producciones vibran burlescas, sin embargo, como si temiera haber dicho demasiado con sus *Melodías hebraicas*.

La nota esencial de su genio fue hasta la muerte su sangrienta burla por todo y contra todo.

La misma Alemania, que jamás llegó a perdonarle por completo sus mofas constantes y sus frases incisivas, parecía como que sentía orgullo viendo el valor indomable, la serenidad de espíritu con que Heine soportaba el martirio horrible de su agonía interminable.

JOSÉ J. HERRERO.

L'INTERMEZZO

PRELUDIO

Es en el antiguo bosque,
Es en la selva encantada;
Se respira, el grato aroma
Que la flor del tilo exhala,
Y fulgor maravilloso
De la luna solitaria,
Mi corazón va llenando
De delicias olvidadas.

Andando voy, y a mi paso
El aire rompe su calma:
Es el ruiseñor que amores
Y penas de amores canta.

Canta el amor y sus penas,
Sus delicias y sus lágrimas;
Y llora tan tristemente,
Gíme con dulzura tanta,
Que mil sueños olvidados,
En mí mente se levantan.

Sigo andando, y en un claro
De la selva abandonada,
Ante mí miro un castillo
Que alza sus viejas murallas.
Cerradas miré las rejas,
Todo era tristeza y calma;
Creí que tras de los muros

Sólo la muerte habitaba.

Vi una esfinge misteriosa
Ante la puerta parada,
Cuyo aspecto a un tiempo mismo
Atraía y espantaba:
De león era su cuerpo,
De león eran sus garras,
Y de mujer su cabeza,
Sus flancos y sus espaldas.

¡Una hermosa prometía
Deleites con su mirada;
De sus labios arqueados,
En la sonrisa, vagaban
Promesas halagadoras,
Misteriosas esperanzas.

¡El ruiseñor en el bosque
Tan dulcemente cantaba!
Resistir no me fue dado,
Y desde que en hora infausta
Sellé con un beso ardiente
Aquella boca de lava,
Por un encanto invisible
Miré sujeta mi alma.

Viva tornóse de pronto
Aquella marmórea estatua:
Suspiros, tiernos suspiros
De su pecho se escapaban,
Y con sed devoradora,
Anhelante, apresurada,
Bebió de mi ardiente beso

La devastadora llama.

Vi que hasta el último soplo,
De mi vida ella aspiraba,
Y que jadeante de goces,
Entre sus robustas garras
Mi pobre cuerpo cansado
Oprimía y desgarraba.

¡Goce y placer infinitos!
¡Dulce angustia! ¡Dicha amarga!
Mientras que de aquella boca
Los besos me embriagaban,
Sus duras unas mi cuerpo
Sembraban de rojas llagas.

-«¡Oh bella esfinge! ¡oh amor!-
El ruiseñor lejos canta.-
¿Por qué, dí tantos dolores
A nuestras dichas enlazas?

»Revélame el triste enigma,
¡Amor! ¡esfinge adorada!
Que hace muchos, muchos siglos
Que en ellos piensa mi alma!»-

I

En mayo, cuando los gérmenes
Revientan de vida llenos,
Cuando brotan las semillas,
Brotó el amar en mi pecho.

En mayo, cuando las aves
Entonan sus cantos bellos,
Confesé a mi dulce amada
Mi pasión y mis deseos.

II

Mis lágrimas se truecan
En perfumadas flores,
Se tornan mis suspiros
Canoros ruiseñores;
Las flores, si me quieres,
Te entregarán su cáliz perfumado,
Y dejará escuchar ante tus rejas,
El ruiseñor su canto enamorado.

III

Aves y luces y flores
Otras veces amé yo;
Tú eres hoy mi amor tan solo,
Niña de mi dulce amor;
Tú, que eres a un mismo tiempo
Para mi ardiente pasión
La estrella, y el blanco lirio,
Y la paloma, y la flor.

IV

Olvido mis sinsabores
Cuando contemplo tus ojos,
Y embriagado de amores,
Al besar tus labios rojos
Cesan todos mis dolores.

Si en tu seno me reclino,
Me embarga goce divino;
Mas ¡ay! si dices «te amo,»
La frente en silencio inclino
Y amargo llanto derramo.

V

Ven y apoya tu semblante
Sobre mi semblante yerto,
Para que en una se fundan
Las lágrimas que vertemos.

Tu corazón contra el mío
Aprieta en abrazo estrecho,
Para que abrasarlos pueda
La llama de un solo fuego.

Y cuando de nuestro llanto
Corra el torrente deshecho
Sobre la llama que ardiente
Va nuestro ser consumiéndose;
Y cuando ciña mi brazo
Tu talle leve y esbelto,
En un trasporte de dicha
Espiraré satisfecho.

VI

Quisiera que mi alma amante
Guardara de un blanco lirio
La corola perfumada,
Y que la flor anhelante
Entonara en su delirio
Una canción a mi amada.

Temblar la canción debía
Y en círculos palpitantes
Agitarse misteriosa
Como el bezo de ambrosía
Que en horas ¡ay! ya distantes
Me dio su boca de rosa.

VII

Siglo tras siglo, en la altura
Inmóviles las estrellas,
Al llegar la noche oscura
Se miran tristes y bellas
Con amorosa dulzura.

Su lenguaje luminoso
Por el espacio se extiende,
En el nocturno reposo,
Mas ningún sabio comprende
Su lenguaje misterioso.

Yo entiendo su voz callada
Y siempre la entenderé,
Que en el rostro de mi amada
Y en la luz de su mirada
Mi diccionario encontré.

VIII

Yo te llevaré, bien mío,
Sobre el ala de mis cantos,
Te llevaré hasta las frescas
Márgenes del Ganges sacro;
Que allí conozco un retiro
Misterioso y solitario.

Un jardín allí florece,
Un jardín abandonado,
De la luna misteriosa
Bajo los serenos rayos;
Y en él, las flores del loto
Su hermana están esperando

Ríen allí los jacintos
Y contemplan a los astros,
Y al oído se refieren
Las blancas rosas, en tanto,
Murmuraciones gozosas
Y sucesos perfumados.

Las inocentes gacelas,
Por escuchar sus relatos,
Se van con ligera planta
Hasta el jardín acercando,
Y en los azules confines
Del horizonte lejano
Solemnes ruedan las aguas
Del turbio río sagrado.

Allí, bajo las palmeras,
Detendremos nuestros pasos,
Y su sombra misteriosa
Llevará hasta nuestros párpados
Sueños de calma inefable
Y de celestial encanto.

IX

Soportar no puede el loto
Del sol los claros fulgores,
Y con la frente inclinada
Soñando espera la noche.

La luna, que es su adorada
Lo despierta con sus rayos,
Y él descubre ante sus besos
Su semblante perfumado.

Y la mira y se enrojece,
Y se eleva ante la brisa,
Y llora y gime de amores
Agonizante de dicha.

X

Por las ondas retratada
Del Rhin, que la ciñe amante,
Se alza la torre elevada,
De la catedral gigante
De Colonia la sagrada.

Dentro del templo sagrado
Y sobre cuero dorado
Hay pintada una figura:
Ella mi existencia oscura
De fulgores ha llenado.

Entre ángeles y entre flores
Sonríen sus labios rojos,
Y sus ojos seductores
Son iguales a los ojos
Del ángel de mis amores.

XI

No me quieres, no me quieres,
Y no llores tu desdén;
Mientras yo vea tus ojos
Más feliz que un rey seré.

Que me aborreces me dicen
Tus rojos labios, ¡mi bien!
Déjame besar tus labios
Y así me consolaré.

XII

¡Oh! no jures y abrázame tan sólo;
No creo en juramentos de mujeres.
Dulce es tu voz, ¡mi bien! pero es más dulce
El beso que arrebató a tus desdenes.
Yo te poseo, y juzgo las promesas
Soplo vano que el viento desvanece.

Yo creo en tus palabras de consuelo;
¡Oh! jura, amada mía, jura siempre;
Yo me juzgo dichoso al reclinarme
Sobre tu seno de animada nieve;
Yo creo, luz de la existencia mía,
Que me amará tu pecho eternamente,
Y todavía aun más, si el pensamiento,
Algo más que lo eterno soñar puede.

XIII

Sobre los ojos de mi bien amada,
¡Cuántos hermosos cantos he escrito!
¡Cuánto terceto dulce
Hice a la boca de mi bien querido!

¡Y qué canción tan tierna y tan hermosa,
Qué espléndido soneto
A su infiel corazón escrito hubiera,
Si un corazón guardara allá en su pecho
Si un corazón allá en su pecho tuviera
Si ella en su pecho guardara mi corazón.

XIV

Cada día es el mundo más absurdo.
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
De ti dice, pequeña hermosa mía,
Que es irascible y desigual tu genio.

Peor a cada instante te conoce;
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
No sabe cómo enervan tus abrazos
Y cómo abrasan tus ardientes besos.

XV

Preciso es que tú hoy al fin me lo confieses.
¿Eres acaso tú vano delirio,
Sueño que del cerebro del poeta
Nace en las tardes del ardiente estío?

Pero no, que una boca tan riente,
Que miradas tan dulces y tan tiernas,
Que un sér tan cariñoso, un ser tan bello,
Jamás pudo crearlos el poeta.

Basílicas, dragones y vampiros,
Endriagos y animales fabulosos,
Del poeta la ardiente fantasía
Deshacer y crear puede a su antojo.

Pero tú y tu malicia encantadora,
Y tu cara riente y hechicera,
Y tus dulces y pérfidas miradas
Jamás pudo crearlas el poeta.

XVI

En todo el esplendor de su hermosura
Como Venus saliendo de las ondas,
Brilla hoy mi amada en toda su belleza,
Celébranse hoy sus bodas.

¡Paciente corazón! ¡corazón mío!...
No le guardes rencor por sus traiciones;
¡Sufre y perdona a tu adorada loca,
Tus horribles dolores!

XVII

Rencor yo no te guardo,
Aunque mi pecho herido se desgarrar.
¡Mi dulce amor perdido para siempre!
El tocado nupcial hoy te engalana,
Pero ni un solo rayo de tus joyas
Ilumina la noche de tu alma.

Lo sé hace mucho tiempo;
Yo te he visto flotar en mis delirios;
El fondo vi de tu alma, vi los áspides.
Que allí serpean con ardor sombrío,
Y cómo tú en el fondo desdichada
Eres también, amada mía, he visto.

XVIII

Si tú eres desdichada, y te perdono,
¡Ambos debemos ser desventurados!
¡Hasta que al fin la muerte nos sorprenda.
Debemos ser desventurados ambos!

Veo la mofa, que voltea alegre
En torno de tus labios;
Veo el brillo insolente de tus ojos;
Veo el orgullo hinchando
Tu seno, y «miserable, miserable
Eres cual yo» me digo sin embargo.

Tus labios mueve sufrimiento oculto:
Duerme una amarga lágrima en tus párpados
Y en quejas tristes de secreta pena
Está tu seno altivo rebosando:
¡Amada de mi vida,
Los dos debemos ser desventurados!

XIX

¿Acaso ya has olvidado
Que fue mío en otro tiempo
Tu pequeño corazón?
Tan bello y falso, que nada
Ni más falso ni más bello
Nunca en el mundo existió.

¿Acaso ya has olvidado
Cuando a la par mi existencia
Minaban pena y amor?
No sé decir si más grande
Era el amor o la pena;
Sé que eran grandes los dos.

XX

Si supieran las flores
Cuán triste y lacerado
Está mi corazón, derramarían
De sus perfumes, en mi herida, el bálsamo.

Si supieran las aves
Cuán triste y cuán enfermo
Estoy, alegres cantos
Dieran, por distraer mi pena, al viento.

Si las estrellas de oro
Conocieran mi pena,
El cielo dejarían y a prestarme
Consuelos de fulgores descendieran.

Pero ¡ay! que nadie puede
Conocer mi quebranto;
Ella sólo lo sabe,
Ella, que el corazón me ha destrozado.

XXI

¿Por qué, dí, me dijiste, están las rosas
Tan pálidas? ¿Por qué?
¿Por qué en el verde césped las violetas
Tan marchitas se ven?

¿Por qué en el aire canta
Con voz tan melancólica la alondra?
¿Por qué los bosquecillos de jazmines
Dan a las brisas funerario aroma?

¿Por qué con luz tan triste y tan helada
El sol el prado alumbra?
¿Por qué la tierra toda
Sombría y gris está como una tumba?

¿Por qué estoy yo tan triste y tan enfermo?
Amada de mi vida, dímelo.
Oh, díme, sí, ¿por qué me abandonaste,
Amada de mi ardiente corazón?

XXII

¡Cuánto aumentaron mi pesada cuenta
Con sus quejas, mi amor!
Mas lo que abrumba en realidad mi alma
No te lo han dicho, no.

Ante tí la cabeza sacudieron
Con aire grave y docto,
Y me llamaron «diablo» en tu presencia
Y lo creíste todo.

Y con todo, ¡mi bien! lo más amargo,
Eso no te lo han dicho;
Lo peor, lo más necio, lo más triste,
Está en mi corazón bien escondido.

XXIII

Los tilos florecían
Cantaba el ruiseñor;
Reía en el espacio
Alegre el claro sol;
Tu brazo contemplaba
Ceñido en torno mío,
Y alegre me estrechaste contra el pecho,
Por el amor y la ventura henchido.

Caían ya las hojas;
Crecían los arroyos;
El sol nos contemplaba
Con apagados ojos,
Helados nuestros labios
Un frío «adiós» dijeron,
Y tú me hiciste con gentil finura
El más ceremonioso cumplimiento.

XXIV

Mucho, mí bien, nos hemos adorado,
Y con todo, jamás nos ofendimos.
Siendo niños, hermosa, cuántas veces
A la mujer jugamos y al *marido*,
Y nunca, sin embargo, en nuestros juegos
Quedamos disgustados ni aburridos.
Más tarde, en los azares de la vida
Hemos gozado juntos y reído,
Y tiernos besos como en otros días
Sellaron a la par nuestro cariño.
Por último, el recuerdo despertando
De la niñez dichosa, que perdimos
Jugando al *escondite*, las praderas
Y la selva y el bosque hemos corrido,
Y escondernos supimos de tal modo
Que nunca hemos de hallarnos, dueño mío.

XXV

Fuiste fiel a mi amor; por mucho tiempo
Interés inspiráronte mis penas,
Y amante, consolaste y asististe
Mi dolor y mi angustia y mis miserias.

Tú me diste manjares y bebidas;
Tú llenaste mi bolsa de dinero,
Y ropa y pasaporte para el viaje
Me preparaste con celoso anhelo.

¡Amor mío! que Dios por muchos años
Te preserve del frío y del calor,
*«Y que nunca del bien que tú me has hecho
Te recompense Dios.»*

XXVI

Mientras yo mi regreso retardaba
En tierra extraña delirando loco,
Parecióle a mi bien larga la espera,
Mandóse preparar nupcial adorno,
Y el arco amante de sus lindos brazos
Al más necio tendió de los esposos.

¡Es mi amada tan dulce y tan hermosa!
Aun su imagen fulgura ante mis ojos;
De los suyos, las frescas violetas,
Las rosas inmachitas de su rostro,
Y el lirio de su frente inmaculada
Florecientes se ven el año todo.
Creer que pude alejarme yo del lado
De ser tan celestial y tan hermoso;
Creer que alejarme pude, fue el más grande
Y necio error de mis errores todos.

XXVII

Angel de mis amores, cuando duermas,
En la fosa sombría,
Yo bajaré a tu lado, y en tu tumba
Me clavaré en silencio de rodillas.

Con fuerte abrazo te sujeto, loco;
Tú estás muda y helada;
Gemidos palpitantes y suspiros
En confuso rumor mí pecho exhala.

Es media noche: en grupos pavorosos,
Los muertos van danzando;
Sólo en el fondo de la tumba helada
Nosotros quedaremos abrazados.

Y cuando llame la eternal trompeta
Los muertos al tormento o a la dicha,
Nosotros en la tumba quedaremos
Para siempre abrazados vida mía.

XXVIII

Un pino se alza en la cumbre
De un monte del Norte helado.
Sueña; la nieve y el hielo
Lo envuelven con su sudario.

Sueña con una palmera
Que en el Oriente lejano,
Se alza solitaria y triste
Sobre un peñón abrasado.

XXIX

-¡Ay! si yo fuese -la cabeza dice-
El escabel tan sólo de tus plantas,
Me hollarían tus pies, y de mis labios
Ni una queja tan sólo se escapara.

-¡Ah! -dice el corazón- si el acerico
Fuese yo donde clava sus agujas,
Sangre me arrancarían sus punzadas,
Y tal dolor juzgara yo ventura.

-¡Ah! si el roto papel -la canción dice-
Fuera yo con el cual sus trenzas riza,
¡Cuán quedo, en sus oídos murmurara
Cuanto vive en mi sér y en mí respira!

XXX

De mi labio huyó la risa.
A la par que ella de mí;
A mi lado llueven chistes,
Pero no puedo reír.

Tampoco el llanto a mi pecho
Consuelo le presta ya;
Mi corazón se desgarrar,
Pero no puedo llorar.

XXXI

De mis penas voy formando
Mil canciones, que agitando
Su bello plumaje de oro,
Al corazón van volando
De la que sufriendo adoro.

Y después que allí han llegado,
Tristes vuelven a mi lado
Y se aumenta mi aflicción,
Y no dicen qué han hallado
Dentro de su corazón.

XXXII

Olvidar jamás yo puedo
Mi amor, mi dulce adorada,
Que fueron en otros días
Míos tu cuerpo y tu alma.

Yo aun quisiera de tu cuerpo
La esbeltez encantadora
Poseer; pero tu alma,
Tu alma, niña, es otra cosa;
Que la entierren si les place...
¡Me basta la mía sola!

Mi alma, ¡amor de mis amores!
Que yo en dos partir deseo,
Infiltrar media en tus venas,
Y unirme a ti en lazo eterno,
Para formar para siempre
Un todo de alma y de cuerpo.

XXXIII

Gentes endomingadas se pasean,
Por bosques y por prados,
Con gritos de alegría y con cabriolas
La natura esplendente saludando.

Miran con dulces ojos la romántica
Flora que nace, los verdes nuevos;
Van del gorrión la lenta melodía
En sus largas orejas absorbiendo

Yo en tanto, triste, en mi ventana corro
Cortinaje sombrío;
Me vale en pleno día una visita
De mis espectros ¡ay! siempre queridos.

Mi muerte amor también al cabo llega;
Viene del reino en que la sombra vaga,
A mi lado se sienta, y en silencio
Mi pecho traspasando van sus lágrimas.

XXXIV

Imágenes venturosas
De los tiempos de mi dicha
Salen de la tumba, y veo
Cuál fue, junto a ti, mi vida.

Soñando yo por las calles
Vagaba durante el día;
Con lástima y con espanto
Los vecinos me veían.
¡Tan demacrado y tan triste
Mi semblante aparecía!

Era mejor por la noche,
Desiertas las calles frías,
Errábamos yo y mi sombra
En callada compañía.

Con paso sonante el puente
Midiendo mis plantas iban;
Traspassando con sus rayos
Las nevadas nebecillas,
La luna me saludaba
Con seria melancolía.

Ante tu ventana inmóviles
Mis plantas se detenían,
Y tu ventana mirando,
Sangre el corazón vertía.

Yo sé bien que muchas noches

Desde tu ventana, niña,
Me has mirado, y que has podido
Ver, a la luz indecisa
De la alta luna, mi sombra
Como una columna flia.

XXXV

Un joven ama a una niña
Que de otro ansía el amor,
Pero éste se une con otra
En quien cifra su ilusión.

Con cualquiera se une entonces
La olvidada, en su rencor,
Y la pena hiera el pecho
Del que primero la amó.

Vieja historia que renace
Del mundo entre el ronco hervor,
Y que a aquel a quien sucede
Le destroza el corazón.

XXXVI

Cuando llega hasta mi oído
La canción ¿ay que mi amor
Cantaba en tiempo que ha huido,
Paréceme que rendido
Voy a morir de dolor.

Una aspiración oscura,
Del bosque triste a la altura
Con fuerza extraña me guía,
Y allí, en llanto de amargura
Se trueca la pena mía.

XXXVII

Soñé: era una princesa de mejillas
Frescas, húmedas, pálidas.
Bajo los verdes tilos reclinados,
Nuestros amantes brazos se enlazaban.

-El trono de tu padre no deseo,
Ni su cetro de oro ,
Ni ansío su corona de diamantes:
Yo quiero, flor de amor, tu amor tan sólo.

-«No es posible, -me dijo;- de la tumba
Yo habito el fondo helado.
Sólo de noche a ti venir yo puedo,
Y vengo porque te amo.»

XXXVIII

¡Eterno amor de mi vida!
Era una noche serena;
Sentados juntos estábamos
En una nave ligera,
Y cruzábamos en calma
Por mar tranquila é inmensa.

Las islas de los espíritus
Dibujaban sus riberas
Bajo la luz de la luna,
Que el éter cruzaba lenta;
Llegaban de allí las brisas
De dulces acordes llenas,
Y allí nebulosas danzas
Cruzaban el cielo aéreas.

Los misteriosos sonidos
Cada vez más dulces eran;
A cada instante la danza

Cruzaba más placentera,
Y ¡ay! sin embargo, nosotros,
Devorados por la pena,
Sin esperanza bogábamos
Por aquella mar inmensa.

XXXIX

Te amé, y te amo todavía,
Y si el mundo sucumbiera,
Entre su ruina ardería
Y hasta el cielo subiría
De mi amor la eterna hoguera.

XL

De la aurora a los fulgores
Cruzaba el jardín hermoso,
Cuchicheaban las flores;
Yo pensando en mis dolores
Caminaba silencioso.

Las flores, que murmuraban,
Con compasión me miraban:
-«No aborrezcas anhelante
A nuestra hermana, -gritaban,-
Sombrío y pálido amante.»

XLI

Mi pasión desesperada
Brilla en su lujo sombrío
Como una historia arrancada
Al Oriente, y relatada
En una noche de estío

Por un jardín caminaban
Dos amantes: no sonaban
Ni un rumor ni voz alguna;
Los ruiseñores cantaban;
Brillaba la casta luna.

Ella se paró gozosa;
A sus pies el caballero
Hundió la frente orgullosa;
Mas... vino el gigante fiero
Y huyó temblando la hermosa.

El doncel ensangrentado
Al cabo rueda sin brío;
El gigante se ha ocultado;
Enterrad mi cuerpo frío,
Y está el cuento terminado.

XLII

¡Cuánto me han hecho sufrir,
Y llorar y padecer,
Las unas con su cariño,
Las otras con su desdén!

Sobre mi pan y mi copa
Derramaron el dolor,
Las unas con su del precio,
Las otras con su pasión.

Mas la que con más tormentos
Logró mi vida amargar,
Ni despreció mis amores,
Ni amor me tuvo jamás.

XLIII

Tu rostro, dueño adorado,
Besa el estío brillante
Con su fulgor sonrosado,
Y en tu pecho, palpitante
Está el invierno encerrado.

Mas tal vez, pronto, bien mío,
Como nada existe eterna,
Extenderá el hado impío
Sobre tu rostro el invierno,
Sobre tu pecho el estío.

XLIV

Cuando a dos que se idolatran,
Separa el destino adverso,
Lloran y se dan la mano,
Y suspiran sin consuelo.

No lloraron nuestros ojos,
Ni nuestros labios gimieron;
Llanto y suspiros de pena
Nos atormentaron luego.

XLV.

Hablaban del amor, problema eterno,
Junto a una mesa, donde el té humeaba,
Haciendo de él, estética los hombres,
Sentimiento las damas.

«Siempre el amor platónico ser debe,»
Dijo con calma el flaco consejero;
La consejera suspiró al oírlo,
Mientras huyó un suspiro de su pecho.

Entre bostezos murmuró el canónigo:
«El amor sensüal es vil pecado
Que el alma pierde y la salud destroza.»
«¿Por qué?» pensó la joven entretanto.

«¡Ay! -dijo la Condesa- amor fue siempre
Pasión que eleva al infinito el alma.»
Y después al Barón, tierna y amable,
Con cortesía presentó una taza.

Aun quedaba un lugar junto a la mesa,
Y faltabas, bien mío,
Tú, que también tus sabias opiniones,
Tal vez, sobre el amor, hubieras dicho.

XLVI

Están envenenadas mis canciones,
¿Cómo no, vida mía?
Tú el veneno has vertido
Sobre la flor hermosa de mi vida.

Están envenenadas mis canciones,
¿Y cómo no, bien mío?
Serpientes mil mi corazón enlazan,
Y en él vas tú además, dueño querido.

XLVII

Volví a soñar bajo los altos tilos;
Hermosa noche estábamos,
Y de amor y de dicha en el exceso,
Fidelidad eterna nos jurábamos.

Seguía la promesa a la promesa
Entre ósculos ardientes;
Porque yo no olvidase un juramento,
Señalaste mi mano con tus dientes.

¡Oh! Dulce bien de los azules ojos
Y blanca dentadura,
El juramento, a mi entender, bastaba;
Sobraba, a no dudar, la mordedura.

XLVIII

A la cumbre subí, y ardí en mi pecho
Sentimental locura:
-Si un pájaro yo fuese,-
Exclamé suspirando con ternura,

Si fuera yo la golondrina errante,
Hacia tí volaría,
Y mi pequeño nido
De tu ventana en la cornisa haría.

Hacia tí volaría niña hermosa,
Si fuera ruiseñor,
Y en la enramada oyeras
De noche las canciones de mi amor.

Y si un canario fuese, también, loco,
Hacia tu corazón volando fuera,
Que sé, mi bien, que los canarios amas,
Y que te alegra su canción parlera.

XLIX

Lloraba porque en sueños
Te contemplaba muerta;
Despierto al fin me ví, copioso llanto
Surcaba ardiente mis mejillas yertas.

Lloraba porque en sueños
VÍ que me abandonabas;
Después de despertar, aun mucho tiempo
Vertí en silencio lágrimas amargas.

Lloraba porque en sueños
Miré que aun me querías;
Desperté, y el torrente de mis lágrimas
Aun corre por mis pálidas mejillas.

L

Todas las noches, en mis tristes sueños,
Sonriendo te miro,
Y caigo, amante, suspirando loco
Ante tus pies queridos.

Me miras con tristeza, sacudiendo
Tu cabecita rubia,
Y por tus ojos de tu amargo llanto
Corren las perlas húmedas.

Y me dices muy bajo una palabra,
Y de rosas me entregas blanco ramo,
Y al despertar el ramo ya no existe
Y la palabra aquella he olvidado.

LI

Revuelve el viento la lluvia
De la noche entre las sombras:
¿Qué hará el ángel de mi vida?
¿Qué hará mi amor a estas horas?

Yo la veo en su ventana
Llenos los ojos de llanto,
Sus pupilas celestiales
En las tinieblas clavando.

LII

La selva azota viento penetrante;
Muda la noche tiende su sudario;
En capa gris envuelto, palpitante
Cruzo a caballo el bosque solitario.

Mis locos pensamientos bulliciosos
A mi corcel le sirven de avanzada,
Y ligeros me llevan, y gozosos,
Hasta el rico palacio de mi amada.

Ladran los perros con inquieto brío;
Con antorchas los pajes aparecen;
Subo, y sobre el mármoleo graderío
Mis espuelas sonando se estremecen.

En cámara de luces adornada,
Entre un ambiente tibio y perfumado,
Mi dulce bien espera mi llegada,
Y entre sus brazos caigo enamorado.

En tanto, el viento lúgubre murmura
Entre las ramas de la vieja encina:
«¿Dónde vas, paladín de la locura?
¿Dónde tu loco sueño te encamina?»

LIII

De su luciente morada
Se ha desprendido una estrella;
El astro de los amores
Que desciende hasta la tierra.

De los bosques se desprenden
Blancas flores y hojas secas,
Que arrastran regocijados
Los vientos en su carrera.

Canta el cisne en el estanque
Y de la arilla se aleja;
Calla su voz, y en las aguas
Su fosa líquida encuentra.

Huyeron hojas y flores;
Todo es silencio y tinieblas;
El astro se hundió en el polvo;
La voz de cisne no suena.

LIV

Un sueño me ha trasladado
A un castillo gigantesco,
Donde, entre tibios vapores
Y fulgores y destellos,
Muchedumbre abigarrada
Invadía con estruendo
El laberinto confuso
De ricos compartimientos.
Buscaba la turba pálida
La salida, con anhelo,
Retorciéndose las manos
Y con angustia gimiendo.
Se mezclaban con la turba
Las damas y caballeros,
Y yo mismo me vi pronto
En aquel tumulto envuelto.

De pronto me encontré solo,
Y me pregunté en silencio
Cómo pudo aquella turba
Desvanecerse tan presto.
Corrí; crucé desalado
Intrincados aposentos
Que a mi vista se extendían
En laberinto siniestro.
Eran cada vez mis pasos
Más pesados y más lentos;
Invadía helada, triste,
Fría angustia mi cerebro,
Y de hallar una salida

Ya dudaba en mi despecho.
Veo al fin la última puerta
Abrirla anhelante intento;
¿Mas quién ¡oh Dios! me detiene
Cuando salvarme deseo?

Era mi amada, que estaba
Ante la puerta en silencio,
Con el suspiro en los labios
Y en la frente el desconsuelo:
Volví hacia atrás, que me hacía
Su mano signo siniestro;
Pero ¿era aviso o reproche?
No podía comprenderlo.
Brillaba en sus claros ojos
Tan dulce y amante fuego,
Que aceleró sus latidos
Mi corazón en el pecho.
Y mientras que me miraba
Con aquel aire severo,
Mas tan lleno de dulzura
Y amor, me encontré despierto.

LV

En noche fría y triste, paseaba
Por el bosque sombrío mi tristeza,
Y el árbol que a mi paso despertaba,
Compasivo inclinaba la cabeza.

LVI

Yacen bajo la tierra los suicidas,
Al final de la negra encrucijada,
Y allí crece una humilde florecilla.
La flor azul del alma condenada.

Era la noche silenciosa y muda;
Llegué a la encrucijada suspirando;
Ante el fulgor de la amarilla luna
Aquella flor azul miré oscilando.

LVII

Me envuelve la sombra oscura,
Desde que tus ojos bellos
No alumbran con sus destellos
Mi camino de amargura.

Del amor y la alegría
No veo el astro brillante;
Tengo el abismo delante;
Trágame, noche sombría.

LVIII

Plomo en mi boca, en mi pupila sombra,
La mente entorpecida,
Y el corazón cansado,
En el fondo de un féretro gemía.

Después de haber dormido mucho tiempo
Se despertó mi alma.
Me pareció que oía
Alguno que a mi tumba se acercaba.

-«¿No quieres levantarte, Enrique mío?
El día eterno brilla,
Los muertos ya se alzaron,
Comienza al cabo la perpetua dicha.

-No puedo levantarme, amada mía;
Mírame bien, soy ciego;
Tanto por tí he llorado,
Que al fin mis ojos se quedaron secos.

-Enrique, con mis besos, de tus ojos
Ahuyentaré la noche;
Es preciso que veas
Los ángeles y el cielo y los fulgores.

-No puedo levantarme, amada mía;
La herida que tu lengua
Abrió en mi pecho amante,
Aun mana sangre y permanece abierta.

-Sobre tu corazón tan sólo, Enrique,
Apoyaré mi mano
No manará más sangre;
De aquella herida quedarás curado.

-No puedo levantarme, amada mía:
Tengo herida la frente;
Una bala de plomo metí en ella
Cuando me enloquecieron tus desdenes.

-Enrique, con los bucles de mi pelo
Yo cerraré tu herida,
Restañaré tu sangre
Y volverá a tu pecho la alegría.»

No pude resistir; era tan dulce
La voz que me llamaba,
Que quise levantarme
Y correr al encuentro de mi amada.

Y se abrieron de pronto mis heridas,
Y la sangre mis sienes y mi pecho
Anegó en turbulentas oleadas,
Y desperté llorando de mi sueño.

EPÍLOGO

Enterrar quiero mis cantos,
Quiero enterrar mis quimeras;
Féretro insondable quiero,
Fosa necesito inmensa.

Ha de guardar muchas cosas
El ataúd bajo tierra;
Quiero que tenga más fondo
Que el tonel de Heidelberga.

Buscadme féretro duro,
De planchas fuertes y espesas,
Aun más largo que el gran puente
Que hay sobre el Rhin en Magencia.

Y buscad doce gigantes
De más vigor y más fuerza
Que el enorme San Cristóbal
Que hay de Colonia en la iglesia.

Que lo arrojen al profundo
Seno de la mar inmensa;
Que tal ataúd, tal fosa
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso
Que enorme el féretro sea?
Porque en él enterrar quiero
Mis amores y mis penas.